

# Preludio a una ética de lo femenino

Julia Kristeva

“Esa mujer de la que todo el mundo dice: ¡es de acero!  
Es, simplemente, ‘de mujer’.”

Colette, *La Vagabunda*<sup>1</sup>

¿Qué ética?

En la mutación antropológica acelerada de este comienzo de tercer milenio, las mujeres son a la vez una *fuerza emergente*, a pleno con sus trastornos de valores y de identidades, Y una *alteridad irreductible*, objeto de deseo, de temor y de envidia; de opresión y de explotación o de abuso y de exclusión.

El psicoanálisis, ¿*puede* hacerse escuchar (pregunta epistemológica), ¿*debe* hacerse escuchar (pregunta ética) en esta nueva fase del *Malestar (Unbehagen, Discontents) de la civilización?*

Fue necesario que una mujer ocupe el rol de Presidente de la IPA para poder captar este momento histórico y para arriesgarse a adoptar como tema de un congreso “THE FEMININE”.

Hice referencia al “riesgo” porque LO FEMENINO, como un “bosón del inconsciente” (del mismo modo que existe un bosón de

---

<sup>1</sup> En *Oeuvres complètes*, tomo I, Gallimard, col. « Bibliothèque de la Pleiade », 1984, p. 1088. [Nota de traducción: Hay traducción al español: Colette, *La vagabunda*. España: Argos Vergara, 1982, p. 29.]

Higgs en el campo de la física de las partículas), es un componente tan radical como ininteligible de nuestras identidades psicosexuales; y al proponerse dejar de ser un “enigma” (Freud), este vector que conecta el soma y la psique, no es menos un “desborde” de actings existenciales y sociales, ¡como lo demuestra la sorprendente polifonía del Programa de este 51º Congreso!

En agradecimiento del honor recibido, me atrevo a sostener que no podríamos *neutralizar* lo femenino, aunque más no fuera para hacer justicia a las mujeres que luchan por sus derechos y a las que vienen en búsqueda de una supervivencia en nuestros divanes.

### *La disyunción instintual-sexual*

En los dos mil quinientos años de existencia de la ética, lo femenino (THE FEMININE) ha sido expulsado de la esfera de la ética: no es un *sujeto*, a lo sumo es un *objeto* (¡y a veces ni siquiera eso!).

El psicoanálisis ha quebrado esa exclusión de lo femenino gracias a una especie de ética que “pone entre paréntesis”, es decir, que *suspende* el juicio, la moral, y el mundo, para cuestionarlos mejor, adjudicándose una *dirección*: “Donde *Ello* era, *Yo* debo advenir”<sup>2</sup> y dos *principios* que se oponen: el *principio de placer* y el *principio de realidad*.

Inscripta en ese *suspense*, la transferencia revela en el inconsciente una *sexualidad pulsional* que, lejos de evacuar lo orgánico (lo biológico y lo anatómico), se *desnaturaliza* porque se *disocia* de lo instintual orgánico por medio de la *represión primaria*. Una *disyunción* originaria constituye al ser hablante como *sujeto escindido*, una *escisión* (*Spaltung*) a la cual el analista presta el oído y que irrumpe en la moral normativa.

---

<sup>2</sup> Freud, *Nouvelle suite des leçons d'introduction à la psychanalyse*, XXX: 1º Leçon: *La décomposition de la personnalité psychique* in *Oeuvres complètes - Psychanalyse* - vol. XIX: 1931-1936, PUF, 2004 p.140-163. [Nota de traducción: Hay traducción al español: Freud, 31ª Conferencia. “La descomposición de la personalidad psíquica”, 1932.]

La fecundidad y el erotismo femeninos parecen manifestar y traicionar esta *disyunción*, y gracias a ello se convierten en el punto de mira del deseo y de la envidia. De poseer, de dominar, y de destruir (¡también!), en beneficio de una dominación masculina que puede constatarse en todas las sociedades. El complejo de castración solo encuentra su significado pleno si ambos *sexos* lo comprenden como un desplazamiento traumático del “trauma<sup>3</sup>” de la *diferencia sexual*, que resuena en profundidad con la escisión originaria.

### *Dos fábulas de la hominización*

Dos fábulas sobre los comienzos de la hominización ilustran la violencia que hiere el descubrimiento de la diferencia sexual y que aún hoy asusta y fascina a la heterosexualidad.

Para Claude Levi-Strauss, la “revolución psíquica de la materia<sup>4</sup>”, o la *sexualidad desnaturalizada* que desplaza al instinto animal hacia la pulsión desde entonces y definitivamente doble, heterogénea (energía-y-sentido), *debido al lenguaje*, sería en su origen... femenina. Cito: “De todos los mamíferos, las mujeres son las únicas que pueden hacer el amor en cualquier temporada, sin necesidad de estar en celo, y pueden señalar sus humores con palabras<sup>5</sup>” (¡!).

Los primeros seres humanos decoraron las sepulturas (350 000 BP), y el arte rupestre nos brinda una representación zoomórfica de las pulsiones: una vulva gigante coronada por una cabeza de búfalo parece tirar de la tropilla de animales a la carrera (Chauvet, 37 000 BP). Al ser capaces de descargar la libido que se enlaza a su finitud

---

<sup>3</sup> Cf. *Abrégé de psychanalyse*, 1938/1949, PUF, p. 244. [N. de t.: Hay traducción al español: S. Freud, *Esquema del psicoanálisis*, en *Obras completas*, Tomo XXIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.]

<sup>4</sup> Cf. S. Freud, «Deux: principes dans le cours du développement psychique», 1911. [N. de t.: Hay traducción al español: Freud, “Los dos principios del funcionamiento mental”.]

<sup>5</sup> Cf. C. Levi-Strauss, *Nous sommes tous cannibales*, Seuil, 2013, p. 214-215. [N. de t.: Hay traducción al español: C. Levi-Strauss, *Todos somos caníbales*. México: Fondo de Cultura Económica (Popular, 723), 2014.] El grito de la hembra ya no sería un impulso hormonal del ciclo ovárico, sino el “signo” de la inversión psíquica en curso del *partenaire* masculino.

por medio del lenguaje y del arte, los dos sexos ingresan a la cultura y a la muerte como sujetos divididos. La heterosexualidad actúa y exhibe la *escisión del ser* en la existencia humana, sean cuales sean las proezas de la reproducción artificial y sea cual sea la desculpabilización de la homosexualidad.

Todavía nos queda la tarea de afinar el modo en que la psicosexualidad femenina, modulada por los trastornos sociopolíticos de la condición femenina, logra *transformar* esta *escisión* inaugural y constitutiva. Así como también debemos aún precisar cómo acaba convirtiéndose en síntomas en la “comedia heterosexual”<sup>6</sup>.

### *Cambio de cursor*

Cuando estalla el “malestar”<sup>7</sup>, Freud asigna, a través de dos ensayos sobre lo femenino<sup>8</sup>, una nueva tarea al psicoanálisis que consistiría (en el plano epistemológico) en “encontrar la conexión” entre la “doctrina de la bisexualidad” y la “doctrina de las pulsiones”<sup>9</sup>, tarea a la que nos convoca este Congreso; y (en un plano ético) a dar testimonio en contra de la “*negación de la vida sexual*” (que no es la pornografía). Y Freud espera entonces —¿será acaso una apuesta? — que “el Eros eterno” haga “un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal”<sup>10</sup>.

Las “dos fases”, según Freud, del Edipo femenino, con cambio de objeto, y siempre inacabado —*prefiero llamarlo infinito*—, hacen que lo *femenino* se revele como un factor de la transformabilidad de la

---

<sup>6</sup> Cf. J. Lacan, *Écrits*, Seuil, 1966, p. 694. [N. de t.: Hay traducción al español: J. Lacan, *Escritos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.]

<sup>7</sup> S. Freud, *Malaise dans la culture* (1930), PUF, t. XVIII, p. 245-333. [N. de t.: Hay traducción al español: S. Freud, *El malestar en la cultura*, en *Obras completas*, Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1978.]

<sup>8</sup> « De la sexualité féminine », 1931, y « La Féminité », en *Nouvelles suites de leçons d'introduction à la psychanalyse*, 1933. [N. de t.: Hay traducción al español: S. Freud, “Sobre la sexualidad femenina” y “La feminidad”, en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*.]

<sup>9</sup> S. Freud, *Malaise...*, *op. cit.*, p. 293.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 333.

*vida psíquica* considerada no como un “aparato” sino como una “vida de alma” o una “vida del alma”<sup>11</sup>.

Prefigurando ciertos aspectos de las teorías de los “géneros”, surge una *bisexualidad* psíquica polifónica, más acentuada en la mujer, y que se revela *duplicada* para cada sexo, y así la “partida” se juega al menos de a cuatro. Aunque se modula, definitivamente, en *singular*. La arriesgada libertad de esta elección, de esta ética cuyas “normas”, e incluso cuyas propias “identidades” (hombre/mujer) se han convertido en “conceptos dinámicos”, provoca angustia y júbilo al mismo tiempo. Para bien y para mal.

Aún persiste la pregunta enigmática que Freud plantea a Marie Bonaparte: “¿Qué quiere la mujer?”, “*Was will das Weib?*”. Su pregunta no es sobre el deseo (*Wunsch*) sino sobre el desear (*Wollen*), pilar de la elección en una vida ética. Eso que no se deja atrapar (“¿qué quiere?”) apunta a la relación de lo *femenino* con los *ideales* de la vida y con la propia *vida*, que es inseparable de los ideales culturales.

¿Freud perseguía una refundación de la ética *por medio de lo femenino*, THE FEMININE? La biopolítica de la modernidad nos impone hoy más que nunca estas preguntas.

Intentaré convencerlos/as –aunque ya deben estar convencidos/as porque son psicoanalistas– de que THE FEMININE (lo femenino) que conlleva el descubrimiento freudiano del *inconsciente* es uno o quizás EL factor de esta inquietante apertura, a raíz de su propia transformabilidad: *lo femenino es transformador*. Ni *innato*, ni *adquirido*, sino infatigablemente *conquistado* desde las dos fases del Edipo inacabado, la vivacidad de lo FEMENINO se diversifica o sucumbe en las pruebas de la despiadada realidad sociohistórica.

Antes de continuar, debo hacer una confesión. Escucho hablar, como todos ustedes, de lo femenino, de THE FEMININE, de la mujer (no me referiré a lo femenino del hombre) cuando escucho a mis pacientes, al leer los trabajos de los psicoanalistas, cuando dialogo

---

<sup>11</sup> Para retomar la expresión de Françoise Coblence, cf. *Révue française de psychanalyse*, vol. 74, 2010, pp. 1285- 1286.

con ustedes. Y a menudo, ¿cómo les sucederá a ustedes también?, ¿me harto de sus misterios disruptivos, de sus maquillajes de todo tipo! ¿Qué porcentaje de lo *femenino* hay en mí? ¿Cuánto en ustedes? Nadie lo sabe, pero lo *femenino* que *encarno*, a mi modo, no es un artefacto ideológico. *YO* participo de su advenimiento, siempre por venir. Simone de Beauvoir escribió: “No se nace mujer, se llega a serlo” [*On ne naît pas femme, on le devient*]. Yo diría más bien: “*Nacemos (biológicamente hablando) mujer, pero “YO” (como consciente-inconsciente psicosexual) me convierto (o no) en femenino (FEMININE)*”.

Me propongo compartir con ustedes algunas etapas de ese convertirse en a las que me llevó mi experiencia clínica *con* lo femenino, cuestión en la que estoy en deuda con muchos trabajos que me guiaron en ese camino pero que no puedo mencionar aquí.

## 2. Lo femenino transformador

### *El Edipo bifaz*

Lo femenino transformador se construye en el Edipo *bifaz*, Edipo *primo* y Edipo *bis*, y en la *reliance*<sup>12</sup> materna.

Llamo Edipo *primo* al período arcaico que va desde el nacimiento hasta la llamada fase fálica, que se sitúa entre los tres y los seis años. Muy lejos del idílico “minoico-micénico” (Freud) y de la serenidad del “ser” antes del “hacer” (Winnicott), la identificación proyectiva (Melanie Klein) se ve favorecida por el *parecido* madre-hija y por la *proyección* del narcisismo y de la depresividad maternos sobre la hija.

---

<sup>12</sup> [N. de T.: la palabra *reliance* es un neologismo producto de la sustantivación del verbo *relier*, que significa unir, vincular, y refiere al lazo de confianza, de entrega y de devoción, que sustenta el vínculo materno y que funda una ética herética.]

Una *subjetividad interactiva* se pone entonces en marcha gracias a la *elaboración precoz de una relación de identificación-introyección/proyección* con el objeto amante-e-intrusivo que es la madre (a condición de que esta incorpore lo femenino y sustituya el deseo del padre).

### *Psiquización del vínculo*

Por medio de la introyección, la cavidad excitada del cuerpo interior se transforma en *representancia* interna de lo externo. Desde un comienzo, esta psiquización de la alteridad se ve dificultada por la *identificación* con la madre y por la *reactividad* de la niña como agente, también ella, de la seducción-efracción-frustración. La dependencia arcaica prepara el estatus de objeto erótico femenino, al que la mujer solicitará que la comprenda como si fuera... una madre imaginaria: la demanda femenina que busca la “autenticidad” está habitada por el persistente espejismo del Edipo *primo*. Pero la conflictualidad primaria presagia en el acto la “ilusión” de ese apego primario, y despierta la vigilancia que detecta la “impostura<sup>13</sup>” en las relaciones.

Más allá de los dos escollos que constituyen el narcisismo y el masoquismo pasivizante, la semejanza proyectiva del Edipo *primo* da inicio al psiquismo de la pequeña niña como una *mismidad* alterada, como una *alteridad* integrada. El sí mismo fuera de sí, el fuera-de-sí en sí<sup>14</sup>.

Esta psico-sexualidad de interdependencia está codificada en el flujo sensorial, en los gestos, en las imágenes y en las ecolalias, a las

---

<sup>13</sup> Helen Deutsch (1884-1982) fue la primera en diagnosticar la “personalidad *como sí*”, inaugurando así la clínica de los “falsos *selves*”. Cf. *La Psychanalyse des névroses*, Payot, 1970, pp. 275, 285.

<sup>14</sup> Melanie Klein, una mujer psicoanalista, es quien plantea, desde los comienzos de la vida, un “yo” capaz de “relación de objeto”, aunque más no fuera parcial (el seno). Y es una mujer filósofa, Hannah Arendt, quien condena el aislamiento melancólico de sus colegas hombres, al sostener que el “yo-solo” “solo le pertenece a los otros”.

que llamo receptáculo (*chora*) *semiótico*: investimento de las vocalizaciones pre-lingüísticas (intensidades, frecuencias y ritmos) que tienen un *sentido* sin tener una *significación*, pues esta última se elabora con la adquisición de las reglas *simbólicas* (de la fonética y de la gramática)<sup>15</sup>.

La copresencia de lo “mismo” (madre-hija), minucioso ajuste sensorial de sus armonías-desarmonías, atraviesa el *cuidado* utilitario y se agota en ese imperio femenino de los sentidos que es la *belleza*<sup>16</sup>. Sostengo que, incluso aunque aparezca en la *mirada* materna hacia el recién nacido no importa cuál sea su sexo, y antes de movilizarse para remediar la castración o la falta, la *belleza* magnetiza la mismidad diferenciada de la madre y la hija, las excitaciones y las ternuras de *todos los sentidos* semióticos que se les atribuyen.

Una belleza que no deja de convivir desde el principio con el deseo de *expulsar la expulsión*. Los primeros gestos *pre-simbólicos* se tiñen de *repudio: atracción y repulsión, fascinación y aversión*, ni “sujeto” ni “objeto”, *la abyección* es más violenta entre la hija y la madre, que entre esta última y el hijo idealizado. A esto deberá agregarse el odio que la adolescente siente por la mujer castrada, objeto del pene paterno. Es un odio sin los remordimientos de Orestes. A diferencia del parricidio, el *matricidio* cometido por la hija seguirá siendo un complejo inconsciente difuso, un ruido de fondo continuo que la acompañará en sus interminables ajustes de cuentas con su madre y con sus *representantes*. Impensado, impensable, el matricidio la *despojará de sí misma*.

---

<sup>15</sup> Hanna Segal identifica las “ecuaciones psíquicas” previas a los “verdaderos símbolos” de la “posición depresiva”, en “Note on symbol formation”, en *International Journal of Psycho-Analysis*, col. XXXVII, 1957. [N. de t.: Hay traducción al español: H. Segal, “Notas sobre la formación de símbolos”, en *Revista uruguaya de psicoanálisis*, Asociación psicoanalítica del Uruguay, ISSN 1688-7247 (1966) (En línea) (VIII 03), disponible en: <http://www.apuruguay.org/apurevista/1960/168872471966080404.pdf> y en : H. Segal, “Notas sobre la formación de símbolos”, en *Revista de psicoanálisis*, Asociación psicoanalítica de Madrid, 1995.]

<sup>16</sup> Sobre la cual Freud decía que “Desgraciadamente, [...] el psicoanálisis [no] tiene mucho que decirnos sobre la belleza.” Cf. *Malaise...*, PUF, p. 270.



Lo femenino (THE FEMININE), posible rehén de lo materno pre-objetal, de la *Cosa*<sup>17</sup>; lo femenino (THE FEMININE), como primera elaboración de las fobias del *infans*, sin la cual la adolescente fóbica y suicida, “que ya no puede aguantarse”, intentará huir en la anorexia y en el fuera-del-sexo o incluso cambiar de sexo; lo femenino (THE FEMININE), reservado y reprimido por el acceso posterior a lo fálico.

¿No es precisamente esta posición femenina alterada, tan absoluta como rechazada, que se traza desde el Edipo *primo*, la que sustenta el hecho de que lo femenino es lo “más inaccesible”, según Freud, y que esto sea válido para ambos sexos? Y sería inaccesible por temor a la pasivización, a la regresión narcisista y masoquista, a la pérdida de los puntos de referencia visibles de la identidad que se operan por medio de un derroche sensorial que corre el riesgo de dispersar al sujeto en un autismo endógeno, o incluso patológico.

Continente apenas reprimido, digamos: sostenido, lo *femenino alterado* del Edipo *primo* estará enmascarado por la *feminidad* reactiva y por sus alardes de embellecimiento o de reparación narcisista, con los que el posterior falicismo de la mujer reacciona frente al complejo de castración. En el transcurso de la fase fálica que, entre los tres y los cinco años, instala al sujeto en la *triangulación* edípica, el sujeto mujer llevará a cabo mutaciones psíquicas, por medio de las que la elección de *la identidad sexual* se realizará definitivamente, o no se realizará.

### *Extranjera al falo*

Dos momentos escanden esta instalación en el Edipo *bis*. La fase fálica se convierte en la organizadora central de la copresencia de la sexualidad y del pensamiento en ambos sexos; es un “*kairos fálico*”, en el sentido griego de un “encuentro” mítico Y/O de una “ruptura”

---

<sup>17</sup> Cf. J. Lacan, *Éthique de la psychanalyse*, (1959-1960), Seuil, 1986, p. 87-102. [N. de t.: Hay traducción al español: J. Lacan, *El Seminario, libro 7: La Ética del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2015.]

del destino. Se produce entonces una equivalencia entre, por un lado, el placer del órgano fálico, visible y valorizado en la sociedad androcéntrica, y, por el otro lado, el acceso al lenguaje, a la función de la palabra y del pensamiento.

El ingreso en el Edipo *bis* (el padre reemplaza aquí a la madre como punto de mira del deseo) linda con un momento decisivo de la construcción de la subjetividad femenina: el *investimiento* (*Besetzung, cathexis*) de lo que Freud llama “el padre de la prehistoria personal<sup>18</sup>”. Antes de que la diferenciación sexual “sea segura”, es solo una cuestión de “identificación directa e inmediata” (*Einfühlung*) con el padre, que todavía no es “objeto”, pero sí *instancia tercera E identificatoria* que, “al reunir las características de ambos padres”, “conduce de regreso al surgimiento del Ideal del yo”. Insisto sobre la “bisexualidad” (padre y madre) que se inmiscuye en la terceridad originaria. Y sostengo que la parte “madre” de ese “padre imaginario” solo puede favorecer la *transición* del Edipo *primo* femenino al Edipo *bis*, y apoyar así esta bisexualidad de la que Freud afirma que “resalta con mucho mayor nitidez en la mujer que en el varón<sup>19</sup>”.

Figura *tercera*, separadora y reguladora de la díada sensorial madre-hijo, el padre deberá asumir para siempre el rol de padre *simbólico*, instancia de *lo prohibido* y de la *ley*, la razón, el poder y los códigos morales. El *pene* se convierte, para los sexos hablantes, en el *falo* –significante de la privación, de la falta y por ello también del deseo: deseo de copular, de significar, de sublimar, de crear–.

El hijo ingresa al Edipo bajo el régimen del asesinato del padre y de la castración, y los “resuelve”, por medio del Superyó. El ingreso de la hija en el Edipo *bis* se ve favorecido por lo *femenino* (THE FEMININE) del “padre de la prehistoria”, que, en cambio, angustia al hijo y lo conduce a la castración y a la pasividad. Ella idealiza esta terceridad bivalente paterna y sus valores; pero, magnetizada por la

---

<sup>18</sup> Cf. S. Freud, «Le Moi et le Ça», 1923, PUF, p. 275, 276. [N. de t.: Hay traducción al español: S. Freud, “El yo y el ello”, en *Obras completas*, Tomo XIX, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.]

<sup>19</sup> Cf. S. Freud, «De la sexualité féminine », 1931, PUF, t. XIX, p. 12.

mismidad-intimidación materna del Edipo *primo*, adhiere al orden fálico como *extranjera* al falo, y percibe su sensualidad y su excitabilidad clitoridiana como menos *visibles* y menos *apreciables*, incluso y sobre todo si se atreve a defenderse erigiéndose en una postura fálica. Comunicadora incansable, militante inflexible, que hace estallar las pantallas de las causas necesariamente paternas, y de las que el poder mediático-político se sirve con facilidad, siempre ávido de recuperar las latencias espectaculares de su palabra de lucha.

A menos que ella depure su Edipo *primo* en revuelta y en insumisión, en “eterna ironía de la comunidad” (según Hegel), en una insaciable curiosidad de investigadora.

### *Adaptabilidad y cicatriz*

La fabulosa adaptabilidad social femenina –obstinada cicatriz– encubre esta disociación constitutiva que se expresa como *extranjera* al orden fálico. Hay, por un lado, un investimento intenso de la alteridad anaclítica, un movimiento psicosexual que se manifiesta en la *necesidad de creer*: en la envoltura materna, y en el padre imaginario. Por el otro lado, esta *creencia* –desmentida por el sexismo y a la que aspira el Edipo *primo*– así como también toda *identidad* se experimentan en el registro de lo ilusorio: es un juego, “yo soy, pero hago semblante” [N. de t.: traducción de “*j’en suis mais je fais semblant*” que, literalmente, significa “yo soy, pero hago como si”]. Ilusionado, lo femenino está igualmente desilusionado, decepcionado: de una decepción radical, más intratable que la melancolía, porque ella/él se enfrenta no al sinsentido del ser, sino a la *ausencia* de ser. Cuando él/ella (*she*) descarta el suicidio, lo *femenino* asume esa ausencia [*ab-sence*]<sup>20</sup> y revive con ella. Se trata de una región temible en la que la fuerza (de vivir) se codea con la indiferencia.

---

<sup>20</sup> [N. de t.: traducción de *ab-sence* que, literalmente significa, “ausencia” pero que es un juego de palabras que remite a “sinsentido”, a la falta de sentido.]

Lo femenino reprimido, maltratado, atrincherado en su extrañeza y en su ausencia, se deja consolar e instrumentalizar por las religiosidades, sectarias o integristas; entre las que abundan las devotas y las místicas; pero lo femenino desilusionado conforma además las más aguerridas religiosidades ateas.

El realismo femenino aparente se sostiene en esta ilusión: las mujeres no dejan de hacer y no dejan de hacerlo todo, porque no creen totalmente en ello: creen que es una ilusión... siempre a rehacer.

No obstante, el odioamoramiento [*hainamoration*] femenino del falo no se apaga. Lo femenino sabe cómo combatir tanto la influencia materna del Edipo *primo* como al padre del Superyó en el Edipo *bis*. Pero la interiorización femenina de toda esta panoplia psicosexual –que acabo de esbozar esquemáticamente–, en la reserva de *la intimidad* que ella misma evade, también facilita el contacto intrapsíquico de lo femenino con la *pulsión de muerte*. Antes y sin que se exteriorice en sadismo, el masoquismo originario es solo una versión melancólica de esa destructividad que esculpe lo vivo, y amasa lo vivo femenino “naturalmente”, por decirlo de algún modo (pensemos en la escena del pequeño Sigmund, junto a su madre amasando *Knödels*). Freud estipula que el “principio de placer parece, de hecho, hallarse al servicio de las pulsiones de muerte<sup>21</sup>”. Sin embargo, para una mujer, Sabina Spielrein (1885-1942), que lo había teorizado en 1912, antes de Freud, es todo lo contrario: “el instinto de destrucción es inherente a la pulsión sexual” pero “la destructividad es solo la condición de todo devenir”.

Además, con el odioamoramiento del falo, una segunda postura psíquica, que se inicia en el Edipo *primo*, solo se lleva a cabo durante el Edipo *bis*: como ser hablante, lo femenino accede al orden simbólico social en calidad de sujeto extranjero a lo fálico; pero en tanto femenino, este sujeto desea obtener un hijo del padre desde el lugar de la madre.

---

<sup>21</sup> Freud, « Au-delà du principe de plaisir », 1934, p. 337. [N. de t.: Hay traducción al español: S. Freud, “Más allá del principio del placer”.]

De este modo, del Edipo *primo* al Edipo *bis*, lo transformador femenino es un *multiverso* (tomo prestado este término de la astrofísica contemporánea) al que el encuentro amoroso despierta y reconstruye. A menos que esta estructura en láminas se comprima en anorexia o en frigidez –una cascada de sensorialidades, huellas mnémicas, fantasmas e ideales co-presentes lleva el placer de los órganos al goce femenino–. “Toda mi piel tiene un alma”, escribió Colette. Y yo agregó: toda mi carne tiene un alma. Completitud destotalizada y eclipse del yo: vitalidad absoluta y mortalidades cruzadas de los dos miembros de la pareja.

### *Reliance*

La experiencia materna es otro componente de lo femenino transformador, a la que llamo una *reliance*. Un erotismo en el sentido en el que el psicoanálisis entiende al Eros como una “*reunión*, la síntesis de la sustancia viva dispersada en partículas, y esto, desde luego, para conservarla<sup>22</sup>”.

Originariamente experiencia biopsíquica, la *reliance* –de la mujer y del hombre– puede rechazarse o transponerse en las profesiones de la educación y de los cuidados, o en diversos compromisos sociales. Pero se invierte en *mère-version*<sup>23</sup> [N. de t.: juego de palabras entre *père* (padre), *mère* (madre), *version* (versión) y *perversion* (perversión) que tiene la misma sonoridad que *père-version*], cuando la libido de la amante desvía hacia el niño sus pulsiones insatisfechas.

---

<sup>22</sup> Freud, “Le Moi et le Ça”, 1823, p. 283. Y Lou Andreas Salomé: “[...] andar a tuestas en el espacio [...] y en nuestro propio cuerpo con confianza, *del mismo modo en que una mano se tiende hacia la otra* [...] con toda la interioridad de la criatura para la cual esa relación aún no se ha oscurecido en lo más mínimo” (“Carta a Rilke, del 1º de marzo de 1914”, en *Correspondance R.M. Rilke et Lou A. Salomé*, Gallimard, 1979, p. 231). Antes de atribuir a lo materno precisamente esa capacidad de *moldear* y de *superar* la “escisión patológica” para “llevar a cabo el tejido” entre la realidad interior y la realidad exterior, entre materia y símbolo, entre masculino y femenino, y “restituir la pérdida que sufre el proceso de individuación”.

<sup>23</sup> Según la expresión de Isle Barande, “De la perversion, notre duplicité d’êtres inachevés”, 1987.

Antes de que se convierta en un “continente”, del que se desprenderá la creación de los *vínculos psíquicos*<sup>24</sup>, el erotismo materno es un *estado*: un “estado de urgencia de la vida<sup>25</sup>”, una calidad de energía siempre ya psico-somática, dada y recibida para “estar a la altura necesaria para la conservación de la vida”.

Pero mientras que la *libido de la amante* está dominada por la satisfacción de las pulsiones, *el erotismo materno* despliega la presión libidinal en ternura; más allá de *la abyección* y de *la separación*, la ternura es el afecto elemental de la *reliance*.

El erotismo materno se nos presenta como una inversión de “doble ganancia” pulsional *en todos los niveles del aparato psíquico* y, por lo tanto, constituye una condición esencial para la mutabilidad del aparato psíquico de la madre y del niño.

Dos factores internos a la intersubjetividad materna fomentan este metabolismo de la *pasión destructora* en *desapasionamiento vinculante*: estos son, el Edipo *bifaz* de la mujer revivido y adaptado a la nueva pareja parental, y la relación materna con el lenguaje.

Sobre estos dos pilares, se edifica un verdadero *ciclo sublimatorio*<sup>26</sup> en el aprendizaje que hace el niño del lenguaje. A aquellos que afirman que a lo femenino le falta humor, recordémosles la economía de este ciclo sublimatorio que es literalmente la que Freud observa en la emisión y en la recepción de la humorada [*mot d'esprit*]: luego de haber sido sorprendido y de caer en la trampa, el interlocutor está invitado a recrear la historia; el niño, también.

*RELIANCE*, entonces. Luego de haber destacado, con Winnicott, la separación y la *transicionalidad*, y con A. Green la *locura materna*, me parece importante insistir hoy sobre esta vertiente materna que MANTIENE el investimento y el contra-investimento de la ligazón y de desligazón en los vínculos psicosomáticos, de modo que permanezcan abiertos, para detectar y para recrear. A este erotismo

---

<sup>24</sup> B. Brusset, *Psychanalyse du lien*, PUF, 2005.

<sup>25</sup> Cf. “*Not des Lebens*” al que se refieren Heidegger y Lacan.

<sup>26</sup> J.-L. Baldacci, “Dès le début, la sublimation ?”, en *Bulletin de la SPP*, n° 74, 2004, p. 145.

específico que mantiene la urgencia de la vida hasta los límites de la vida, lo llamo una *reliance*.

Sobreviene entonces un tiempo *espiralado* y de *rebotes*: el tiempo materno como un *comenzar* y como un *recomenzar*.

### *Herética del amor*

Las mujeres quieren ser libres de decidir si ser madres o no serlo. Algunas apelan sencillamente a las maternidades asistidas, sin prejuicios: ¿será porque la vertiente presubjetiva del erotismo femenino las familiariza con esa *desposesión de sí* que la ciencia moderna le impone a lo más íntimo? Al mismo tiempo que lo femenino transformador no se libera de los dogmas y de las normas, sino que las modula en *conceptos dinámicos*. Y alcanza entonces esa *ética en suspenso* que especifica... el propio psicoanálisis.

Al psicoanálisis le corresponde continuar creando nuevos conceptos de metapsicología para desarrollar –en función de la escucha de la sexualidad de la amante– la elucidación y el acompañamiento del erotismo materno en su especificidad. De lo contrario, la emancipación del sujeto mujer está destinada a ser solo un engranaje sin ética en la automatización de la especie humana. Si el amor es (según Spinoza) la faceta íntima de la ética, lo femenino no es ni una ideología ni una moral, sino que aparece como una “*herética*” del amor.

Los umbrales de esta *transformabilidad* son escollos con los que el porvenir femenino tropieza o por los cuales acaba convirtiéndose en sufrimiento o en síntoma patológico, por un lado, o por los que deviene en complicidad con el conformismo o con el totalitarismo social, por el otro. Pero cuando logra frustrarlos –al asociarse con lo masculino de un compañero, al confiar en la complicidad de una pareja o en el apuntalamiento de una comunidad, atravesando la soledad y los conflictos, y con la ayuda del psicoanálisis, por ejemplo...– lo *femenino* irradia una madurez que parece faltarle al “bebé macho” agazapado a la sombra del poder y de la seducción masculina. Antes de que lo femenino del hombre restablezca la transformabilidad.

### 3. Singularidades y metamorfosis de la parentalidad

Partiendo de aquí, les propongo pensar que lo femenino –“estructura abierta” y destotalizada– participa de la superación y de la legitimación en marcha de las identidades sexuadas Y generizadas, de su destino *singular* y compartible. El tercer milenio será el de las oportunidades individuales, es decir, *singulares*. O no lo será<sup>27</sup>, si se deja envolver en las *similitudes* y en los *likes* banalizados por la automatización transhumanista que está en proceso de instalar la dominación binaria de “los que lo tienen” por sobre “los que no lo tienen”.

El “trauma” de la diferencia de los sexos, que Freud medita incluso en su *Esquema* (1939-1940), se disimula cuando no “desaparece” en la multiplicación de géneros que reivindican las apasionadas luchas subversivas. Sin embargo, el alcance liberador del *género* desestabiliza al propio “sexo psíquico”, y revela las zonas traumáticas de la subjetividad en las que se fisura ese vínculo primordial con la vida que es la sexuación. Sin sucumbir en la escisión, pero codeándose con ella, la angustia de castración y del vacío, tanto como el alarde fálico, pueden instalar síntomas que, lejos de erotizar (J. Butler) a lo femenino, lo “desensamblan” y lo conducen al retraimiento del otro y de los vínculos, cuando no lo condenan al profundo *vértigo del ser* que obliga a “cambiar de cuerpo” por medio de la manipulación hormonal o incluso genética. Al analista (hombre o mujer) se lo conduce entonces a recrear –en su escucha– lo femenino (en el sentido de la *transformabilidad* y de la *reliance*) para acompañar los síntomas de esos “seres que son de otro modo” [*“êtres autrement”*] hacia la creatividad.

De entre esos síntomas, podría haber evocado los siguientes: la fatiga incurable, la tensión agotadora, la incapacidad de *elegirse*, abrumado en medio de las posturas y de los objetos de deseo masculinos y femeninos; los celos implacables hacia “la otra mujer”, signo de la negativa de aceptar su feminidad sexuada o generizada que pasa

---

<sup>27</sup> “Los dos sexos morirán, cada cual por su lado”, Alfred de Vigny, retomado por Marcel Proust.



del odio a la ternura en la transferencia con la analista mujer; o la compulsión desenfrenada de *hacer* para no *ser*, de anularse a fuerza de *hacer*, y que se entrega a una narración alucinada, socavando lo femenino del analista hombre; o incluso de la radicalización integralista de una adolescente que se decía feminista porque “odiaba a los hombres”, pero que estaba lista y dispuesta a “embarazarse por Alá”...

Estas observaciones me llevan a un tema tan normativo como candente: la heterosexualidad.

### *La heterosexualidad es el problema*

La heterosexualidad (en el sentido de la psiquización de la genitalidad y de la diferencia sexual, incluida la bisexualidad psíquica, y en el sentido de su inscripción en el pacto social) es una adquisición frágil y tardía en la historia de las culturas humanas, y sigue siendo aún hoy la problemática por excelencia, para cada uno de nosotros: en la parentalidad, y más generalmente en el propio vínculo social.

A partir de ahora, la heterosexualidad ya no se percibe como el medio más seguro y el único para transmitir la vida y para garantizar la memoria de las generaciones. Sin embargo, cualesquiera sean las variantes de la “norma heterosexual” en la psicosexualidad de cada cual, y las aceptaciones o los rechazos respecto de las parejas compuestas de diversos modos, el espejismo de la “escena primaria”, como fantasía originaria que estructura los inconscientes, vincula inevitablemente la diversidad de los erotismos “en el zénit de la procreación”, como señala G. Bataille<sup>28</sup>. Y la heterosexualidad esconde dentro de sí tanto la intensidad extrema como la insostenible fragilidad que viven en la furia de la escena primaria: fusión y confusión del hombre y de la mujer, pérdida exuberante de energías y de identidades, afinidad de la vida con la muerte. La *heterosexualidad* no es por lo tanto únicamente una discontinuidad (“soy otro/a, solo frente

---

<sup>28</sup> *L'Erotisme*, 1957. [N. de t.: hay traducción al español: *El erotismo*.]

a otro”), normalizada por la continuidad (fusión para “dar” la vida). *La heterosexualidad* es una transgresión de las identidades y de los códigos, que no proviene del temor, sino de la angustia y del deseo de muerte, que trae la promesa de vida a través de la muerte. Pero en la cumbre del investimento, el placer recompensa la castración, la angustia de muerte se eleva en goce y la anula: al tomar forma en la probable concepción de un nuevo ser, extranjero y efímero<sup>29</sup>. Ese es el sentido de la escena primaria. Y de todos los erotismos que se umbilican en ella, hasta el *mal de amor* que ronda nuestros imaginarios.

La pareja heterosexual es frágil porque la emancipación de las mujeres acentúa lo femenino singular de las madres y de las amantes, y perturba a los hombres que sienten con ellas un “peligro de homosexualidad” (Colette) —¿femenina o masculina?—. A menos de que se trate de una esperanza.

En vano nos afanamos en buscar qué sucedió con los “valores humanistas”. Y si la *pareja heterosexual y su familia* no fuera acaso el blanco, precisamente, en lugar del “valor” (que se perfila como una preocupación por paliar la soledad, por prolongarse y transmitir). La biotecnología de la reproducción y el matrimonio para todos en nada alteran la cuestión: nuestros fantasmas convergen inconscientemente hacia esa herencia arcaica de la paternidad.

La pareja heterosexual, casada, aún nos fascina. No solo el matrimonio como institución la normaliza, sino que el cine, de Hollywood a Bollywood, nos la impone como modelo hasta el cansancio. La Pareja: enigmática, escandalosa, detestable y por eso mismo deseable. ***La heterosexualidad es y será el problema.*** A partir de entonces, desde y con lo femenino transformador singular, infinitas son y serán las metamorfosis de la paternidad que el psicoanálisis se prepara para acompañar.

---

<sup>29</sup> Esta intimidad entre dos incommensurables “rompe los lazos colectivos de la raza y de la nacionalidad”, “y la clase social y lleva así a cabo una importantísima labor de civilización”, escribe Freud (*Psychologie des masses et analyse du Moi*, 1921) [N. de t.: Hay traducción al español: Freud, *Psicología de masas y análisis del yo*].

Señora Presidente, las mujeres no son las propietarias de lo femenino transformador y siempre en potencia que participa, junto con lo masculino, de la psicosexualidad de los vivos que hablan e imaginan. Desde el último Freud y en las mutaciones sociohistóricas hoy, lo femenino se nos aparece en el corazón de la experiencia psicoanalítica. ¿El psicoanálisis será una de las posibles sublimaciones (¿o la última?) de ese femenino?

En función de la psicoanalista clínica que es usted, y según sus propias palabras, “*la escucha psicoanalítica*” está al acecho de “*la presencia del cambio en cierta dimensión del funcionamiento psíquico*” –de lo *sensorial* a lo *lingüístico* (de lo “*semiótico*” a lo “*simbólico*”) y es capaz de inducir al paciente “*a colaborar con la tarea de transformar [esos] elementos*”–. Y usted anticipa que: solo “*una mejoría en el vínculo con la analista y la capacidad de ella de recibir y contener las ansiedades del paciente hicieron posible esta transformación* »<sup>30</sup>.

Como Presidente de la IPA, se le solicita y se le solicitará mucho su plasticidad, ¡siempre tan discreta y eficaz! “Renacer nunca estuvo por encima de mis fuerzas”, escribió Colette<sup>31</sup> (1873-1954), uno de esos genios femeninos “transformadores”, cuya lectura nos revitaliza. Que este lema la acompañe.

¡Buena continuación y mucha suerte!

Traducción: Lucía Vogelfang

---

<sup>30</sup> Cf. Tiempo de cambio, Cap. 4, pp 99, Karnac.

<sup>31</sup> *La Naissance du jour*, O.C., Pléiade, III, p. 349.

